

# El poeta y la guerra: la visión del mundo del narrador en *Recuerdo de los Bunkers* (*Extracto de un diario de Guerra*) de Guillermo Gutiérrez Morales

**Por Ferdinand Padrón Jiménez**

Resumen: *Recuerdo de los bunkers* (*Extracto de un diario de Guerra*), escrito por el destacado poeta Guillermo Gutiérrez Morales es el primer diario de guerra de la literatura puertorriqueña. A lo largo de las páginas de este bello y conmovedor texto, se descubre el verdadero y terrible sentido de la palabra “guerra”, considerada esta palabra como manifestación de un conflicto moderno.

Palabras clave: Guerra de Corea, Guillermo Gutiérrez Morales, diario, soldados puertorriqueños, bunkers

Una de las funciones más importantes de la literatura y, particularmente, de la poesía es restituirle a las palabras su sentido más pleno y profundo. Con frecuencia, el uso del idioma como simple y cotidiano vehículo de comunicación social tiende a privar al lenguaje de su más honda capacidad expresiva y significativa. La gran mayoría de las personas, al hablar, maneja las palabras considerando únicamente el sentido más básico y, a veces, superficial de éstas. Las palabras son, en este sentido, más que entidades vivas y vibrantes, simples objetos inanimados, puestos ahí, que utilizamos como quien utiliza una herramienta

y, al finalizar la tarea, la devuelve, al lugar de donde la tomó. Pienso que, a veces, las palabras están tan cerca de nosotros que ya nos resultan indiferentes, pues la costumbre de su cercanía ha hecho que pierdan su brillo original. Así, sucede con ellas como con el par de zapatos que una vez compramos entusiasmados y que ahora, por el uso diario, nos calzamos con indiferencia. Afortunadamente, en oposición a este uso utilitario del idioma, la literatura y, como ya he dicho, particularmente la poesía, se encarga de devolver a cada palabra su más hondo y poderoso sentido. En una sociedad tan descreída, tan deshumanizada y tan superficial

como la nuestra, ¿qué sentido podrían tener palabras tales como “amor”, “verdad”, “libertad” si no fuera por la reivindicación que de ellas hacen los poetas? Si aún hoy nos ocupamos de leer a los grandes poetas de nuestra lengua o de cualquier lengua es porque a través de sus obras podemos recuperar el sentido más pleno y auténtico de estas antiguas y prodigiosas palabras.

Hace algunas semanas leí un libro que me recordó esa misión reivindicativa del lenguaje que tiene toda gran literatura. Se trata del primer diario de guerra de las letras puertorriqueñas, titulado *Recuerdo de los bunkers (Extracto de un diario de Guerra)*, escrito por el destacado poeta utuadeño, Guillermo Gutiérrez Morales. A lo largo de las páginas de este bello y conmovedor texto, he podido descubrir el verdadero y terrible sentido de la palabra “guerra”, considerada esta palabra como manifestación de un conflicto moderno.

Para la mayoría de nosotros, la palabra “guerra” no pasa de ser una palabra más del diccionario que alude a sucesos que han ocurrido siempre a una distancia considerable de nuestra realidad inmediata, dado que nuestro suelo, afortunadamente, nunca ha sido escenario de una guerra. De manera que lo que conocemos acerca de la guerra es aquello que nos dice el periódico, el Internet o los noticieros radiales y televisivos, por lo que siempre corremos el riesgo de tener una imagen editada de esa realidad, ya que todas esas fuentes de información no hacen otra cosa que divulgar sólo aquello que las autoridades militares desean que conozcamos. El diario de guerra de don Guillermo Gutiérrez Morales, por el contrario, constituye un testimonio directo, honrado y conmovedor de esa atroz realidad que es la guerra. Como bien afirma el licenciado Luis Alberto Torres en su excelente prólogo al libro, la narración de don Guillermo Gutiérrez “es una emocionada crónica iluminadora del duro y cruento acontecer que entraña el hecho absurdo de la guerra...” Y, ciertamente, si un propósito fundamental tiene este diario es denunciar el carácter absurdo y el sin sentido que entraña toda guerra. Bien sabemos que, en realidad, no hay guerra, por justa que sea, en la que no se cometan

graves injusticias. Hoy en día, a esas injusticias se las suele despachar con una frase fría y criminal, con la que se quiere justificar lo injustificable, al referirse a la muerte de inocentes como “simples daños colaterales”. Afortunadamente, a lo largo de las líneas de este diario, la extraordinaria mirada de escritor de Guillermo Gutiérrez nos devolverá una imagen veraz y precisa de una de las experiencias más inhumanas que pueda enfrentar cualquier persona.

En adelante, nos proponemos exponer brevemente las particularidades del discurso narrativo de este texto, tomando como punto de partida la visión de mundo que tiene el narrador. Noten que prefiero utilizar el término “narrador” y no el término “autor” partiendo del criterio que propone la teoría literaria de las últimas tres décadas del siglo XX, según el cual se aconseja distinguir, aun en géneros autobiográficos como el diario, entre autor y narrador, para señalar con ello que el narrador es más bien un artificio literario que emana del texto, que no debemos identificar inequívocamente con el autor de carne y hueso. Si bien sabemos que el protagonista de este relato es el propio Guillermo, en honor a la belleza y a la indiscutible calidad literaria del diario haremos referencia más bien a la visión de mundo del personaje narrador o del narrador.

El narrador de este relato fue uno de tantos puertorriqueños que al principio de la década del cincuenta se vieron en la obligación de ingresar al Ejército de los Estados Unidos y de participar de la guerra que, desde junio de 1950 a julio de 1953, se produjo entre Corea del Norte (República democrática popular de Corea) y Corea del Sur (República de Corea), y que involucró a unas diecinueve naciones, entre las cuales se encontraban los Estados Unidos. El motivo inmediato de la guerra fue la invasión por parte de Corea del Norte, en 1950, del territorio de Corea del Sur, debido a una disputa por la frontera entre ambas naciones, ubicada en el paralelo treinta y ocho. Pero en realidad, la Guerra de Corea, se originó como consecuencia del clima de hostilidad que imperó, después de la segunda Guerra Mundial, en el período conocido como la Guerra Fría, entre el

bloque de países capitalistas, encabezados por los Estados Unidos y el bloque de países comunistas, encabezados por Rusia.

Tal y como nos recuerda el Lcdo. Luis Alberto Torres en el prólogo al libro, “50,000 jóvenes puertorriqueños participaron de la guerra, estimándose como la unidad boricua ‘más numerosa que haya entrado en combate en una guerra moderna’. (...) [El grupo puertorriqueño] constituyó el 8% de las fuerzas de infantería de combate de Estados Unidos en el frente”.

La narración de este diario se inicia el 22 de septiembre de 1952, cuando el barco de guerra en el que se encuentra el protagonista se aproxima al Canal de Panamá, y culmina el 4 de febrero de 1953, fecha en que el personaje debe abandonar el frente de batalla, debido al grave estado de salud en que se encontraba su madre. El diario que, como vemos, describe seis largos y cruciales meses de la vida del personaje, se divide en dos partes: una parte inicial, que describe la travesía en barco a través del Canal de Panamá y del Océano Pacífico, y, una segunda parte, que se ocupa de describir los acontecimientos que se produjeron en el frente de batalla.

La visión de mundo del narrador en este texto deriva de dos circunstancias fundamentales: la primera es que el personaje ha sido obligado a participar de la guerra, es decir, el personaje no llega a la guerra de forma voluntaria, ni mucho menos tiene la convicción de que está allí como parte de su deber. Ello queda consignado desde la propia dedicatoria del diario, en la que el protagonista dice: “A los jóvenes arrancados compulsoriamente del suelo bendito de Borinquen.”. El verbo “arrancado”, utilizado en esta oración, es uno de los que mejor define el concepto que tiene del mundo el narrador, pues éste siente efectivamente que su participación en el conflicto no tiene razón de ser, porque la guerra de la que participa no es su guerra, sino una guerra ajena, que se desarrolla en un país desconocido, a unas 10,000 millas de su patria, lugar del que ha sido literalmente arrancado. La falta de verdaderas razones para pelear esta guerra, el sentirse extraño a la causa por la que se lucha, será uno de los elementos que más

contribuirán a incrementar la tensión dramática del relato. En realidad, el narrador no lucha, como veremos, por otra causa que no sea defender su vida y las de sus compañeros de grupo, en medio de una realidad carente de sentido. La segunda circunstancia en la que claramente se manifiesta la visión de mundo que posee el narrador es el hecho cardinal de que quien escribe el diario es un poeta. Si bien la guerra, es una experiencia demoledora para cualquier ser humano, para un poeta, cuya mirada se caracteriza por ser mucho más sensible que la de los demás, debe ser sencillamente un hecho devastador y monstruoso. Pensemos en los testimonios estremecedores que sobre este particular nos han legado otros poetas soldados como Miguel Hernández y Giuseppe Ungaretti.

A la luz de estas dos circunstancias centrales, que son el participar a los veinticuatro años, por primera vez y de manera compulsoria, de una guerra extraña, y el ver el mundo desde la perspectiva sensible de un poeta, se inicia la narración que, como ya hemos adelantado, transcurre en dos momentos distintos: un primer momento que alude al viaje de camino a la guerra y, otro, que alude a la experiencia de la guerra propiamente.

La primera parte del libro nos muestra la mirada sorprendida y encantada del poeta que observa con curiosidad casi turística los nuevos paisajes que tiene ante sí: la selva panameña y el lago Gatún, la entrada al Canal de Panamá y, finalmente, la llegada al Pacífico. La prosa de este texto que, en términos generales, podemos decir que se caracteriza por unir magistralmente la sencillez del discurso a una gran riqueza expresiva, exhibe, en esta parte inicial del relato, algunos de los pasajes más bellos y cargados de lirismo de toda la obra. Veamos algunos fragmentos:

#### EL LAGO GATUN

La selva panameña, como una verde y vigorosa estampa de la naturaleza, se dilata al borde de las riberas de este curioso cuerpo de agua, sembrado de retorcidos

ramajes, secos y leñosos y rayado por la visión hermosa de las aves del trópico.

Es el lago de todas las naciones. La proa griega; el vapor holandés; el casco ligero de la proa japonesa o china; la quilla del tanquero inglés; etc.,etc.; su escenario es tan cosmopolita como el más.

El lago Gatún, el de la orilla agreste y montaraz, ágil, verde, resonante de pájaros, se quedará en mi mente. (*Recuerdo de los bunkers* (Guillermo Gutiérrez Morales, *Extracto de un diario de Guerra*, Ediciones Provincia, , Utuado, 1985, p. 33. **Todos los fragmentos que citaremos pertenecen a este Diario.**)

#### ENTRADA AL PACIFICO

Una fila de vapores, entrando y saliendo, por la parte del Canal que da al Pacífico, y luego, más adelante, la inmensidad alta y combada de la más gigantesca unidad acuática: ¡oh, recuerdo!

El cambio fue súbito: de la verde y brillante vegetación selvática de Panamá a las enormes distancias azules del océano. Y sobre el intenso, inolvidable índigo, la mancha profunda y nostálgica de la selva en mi mente...

Los días sobre el Pacífico, reverberantes y luminosos, tuvieron la languidez suave y blanca de las olas.

Cuando dejo vagar el recuerdo por esas lejanas distancias, siento el rumor del oleaje albísimo y puro y veo la impresionante estela del transporte.

¡Todo es nítido y perdurable!

(P. 35)

El arribo al escenario de guerra supone un drástico cambio en el tono del narrador. El tono entusiasmado, alegre, del poeta que, al inicio, según avanza el barco, va descubriendo la belleza de los nuevos paisajes es sustituido por un tono de preocupación, de angustia. Dice el narrador en el primer fragmento del diario, correspondiente al lunes 22 de septiembre de 1952:

Quince días hace que me hayo en esta tierra remota, hostil y extraña, donde se combate, se sufre y se espera.

Nosotros soldados del trópico soleado y verde, hemos viajado más de diez mil millas para participar en esta guerra, junto a otras naciones.

Hay razón para la añoranza hogareña. Razón para el dolor del espíritu por tantas pesadumbres que, como extranjeros, padeceremos en este territorio.

Hoy comenzaré a dar cuenta de las experiencias, las tristezas y los momentos diarios de mi estadía aquí, seguro de que varias de mis corazonadas y pronunciamientos espirituales serán iguales o parecidas a las de tantos compatriotas que me acompañan. (P. 41)

Enseguida identifica el lugar al que ha llegado como un lugar de Corea central llamado Nun-dong y a la vez toma consciencia del destino que le espera cuando afirma: “Dentro de un mes estaré en las líneas del frente.” Luego, como para consolarse, añade: “Actualmente, el frente de guerra está apacible casi todo el tiempo, pues se sigue laborando por un arreglo que ponga fin al conflicto.” (P. 41)

El sentimiento de desasosiego ante la nueva y terrible realidad, de parte del narrador y de sus compañeros puertorriqueños, aparece relacionado

ya, desde las primeras páginas del diario, al hecho de saberse extraños en un país desconocido. Dice el narrador: “Las noches aquí son frías, enunciadoras del venidero y cruel invierno. ¡Pronto las nieves cubrirán los montes y el único pensamiento será el cálido nido de la patria, donde el sol esplenderá a esa hora y las faldas de los cerrros lucirán sus lisonjeras y verdes pelusas!” (P. 42)

Ante la espera de llegar al frente de batalla, la expectación crece; así comenta preocupado el narrador: “Anoche estuvimos escuchando continuamente un tronar de armas hacia el norte.” (P. 42)

Ese aglutinador “nosotros” que se enuncia implícitamente en la frase anterior será uno de los conceptos más importantes para el narrador. En principio, el uso del pronombre se limita a los puertorriqueños, aunque luego también incluirá a amigos surcoreanos y norteamericanos. El diario cuenta la historia de ese “nosotros”, es decir, de esos muchachos puertorriqueños arrancados del suelo materno y puestos en medio de la guerra. De ahí que el narrador le importe tanto comunicar el sentir del grupo. En el fragmento del viernes 26 de septiembre de 1952, nos dice: “Los muchachos borinqueños empiezan a protestar por la clase de comida que se nos sirve. Todos echamos de menos el criollo arroz, que no se perfila nunca en estas malditas cocinas... ¡Y pensar que estamos en la tierra del arroz.” (P. 43)

Guiado por ese mismo sentido de hermandad con respecto a sus paisanos, el personaje narrador teme el futuro incierto que le espera a todos e igual teme la disolución del grupo. De esta manera, dice: “Mañana nos moveremos a nuestras respectivas compañías, con las cuales haremos nuestra campaña por venir. Nadie sabe aún cuál será la suya. Mañana esta tropa tan animosa, con el ardor de nuestro lejano sol corriéndole en las venas y la canción añorante en los labios; esta tropa cálida y alegre, se desparramará por los distintos senderos de esta tierra.” (P. 43)

Luego de haber sido asignado a la Compañía K del Séptimo Regimiento, según nos comunica en el fragmento del lunes 29 de septiembre, se regocija al saber que lo acompañarán algunos

puertorriqueños: “Ayer domingo abandonamos el vivac y por la ruta 33 hemos llegado al frente. He sido asignado a la Compañía “K”, del Séptimo Regimiento, que se halla ocupando esta zona del frente. Conmigo habrán de servir algunos compañeros puertorriqueños. Eso constituye un gran consuelo para nosotros, que siempre temimos vernos aislados unos de otros.” (P. 44)

La visión sensible del poeta narrador, en este punto en que aún no ha ingresado propiamente a la batalla, se dirige hacia la belleza del entorno. Así dice: Comenzaba a gustarme el lugar, rodeado de montes y atravesado de un pequeño río, clarísimo y alegre.” (Págs. 43-44) Y, algunas líneas después nos dice: “A veces me sucede que se me olvida completamente que un motivo tan grave es el que me tiene aquí y me pongo a gustar del paisaje muy despreocupadamente, como lo hiciera cualquier turista.” (P. 44)

Pero esta mirada inocente, apacible, que describe el narrador en el fragmento anterior, pronto será transformada por la dura realidad. Así afirmará: “Ardua fue la labor de anoche. Luego de recorrer el largo y polvoriento camino, a trechos empinado y tortuoso, con la vista ardorosa y la piel emblanquecida por el polvo, trepamos a las trincheras, avanzando al atardecer. (P.44) (...) Esa primera noche en el frente se quedará para siempre en mi mente. Mi compañero de posición, un muchacho del pueblo de Yauco, llamado Nelson, fue acometido por una indescriptible nerviosidad ante la visión dramática de las líneas, en constante actividad en este sector, todo en tinieblas rasgadas de llamaradas súbitas. Mi mayor pesar era el agotamiento y el cansancio corporal. Lo demás me era indiferente.” (P. 45)

La descripción del frente continúa: “Hoy lunes apenas hemos tenido reposo tampoco. Los morteros enemigos empezaron a hostigar nuestra posición desde temprano. Por primera vez, oímos silbar sobre nuestras cabezas los proyectiles, que constituían nuestro bautismo de fuego.” (P. 46)

En la narración del martes 30 de septiembre, el protagonista cuenta su primera misión, que consistió en darle protección durante toda la noche a unos tanques, junto a otro puertorriqueño, de

nombre Mariano Ojeda. El momento más crítico de esa misión se describe en los siguientes términos: “Aún no había amanecido, cuando nuestra artillería desató un formidable alud de metralla sobre las lomas enemigas. En medio del dramático silencio nuestro las concavidades y contornos de los montes se iluminaban con los fogonazos, retemblaba todo y el espantoso silbido de las bombas aullaba en el espacio encima de nuestros cascos. Luego, con la venida del alba, todo cesó como por ensalmo.”(Págs. 46-47)

El horror de la guerra también aparece descrito en otros dos fragmentos memorables. Veamos el primero:

Con todo el equipo encima, hecho aún más voluminoso por el saco de dormir de invierno que se nos entregó recién, empezamos a trepar por una trinchera honda y sumamente angosta que subía hacia una eminencia de la línea. Los hilos telefónicos, tendidos por el suelo profusamente nos embrollaban el paso. El rifle se nos enfangaba al rozar las paredes de la trinchera, cuya estrechez nos aprisionaba. Apenas podíamos dar paso y el aliento nos abandonaba. Añádase a esto nuestro agotamiento acumulado y se tendrá una idea de aquel suplicio. Empleamos tres largas horas en desalojar aquel sitio, caminando torpemente en medio de la obscuridad completa de la noche. No recuerdo cuántas veces dieron en tierra mis huesos miserables. (P. 48)

El segundo fragmento dice:

En casi ningún rincón de esta tierra se libra uno de esa visión turbia e inquietante. Sus noches interminables no se borrarán de la mente. Montañas y montañas que

vomitaban una cadena intermitente de balas de ametralladora a manera de collares de fuego distantes y dramáticos. Explosiones que elevan un abanico abrasador de llamas y de chispas. Luces que se encienden y delatan todo. Corazones humanos que vibran; ojos que se doblan de sueño; rostros barbudos, manos cuarteadas y renegridas. Ese es el frente (P. 84)

El temor al enemigo y la angustiada tensión que produce la guerra tiene para los soldados puertorriqueños un agravante: el discrimin racial. El narrador da cuenta de este hecho en el fragmento del domingo 26 de octubre de 1952. Veamos:

Quiero anotar aquí el hecho de que ha llegado un momento en que nuestra moral de combatientes se ha extinguido casi por completo, todo debido a la crasa estupidez de los líderes. Esto me sucede a mí tanto como a mis compañeros boricuas; estamos siendo víctimas de una aversión ostensible y perversa por parte del elemento superior de nuestra compañía. Los líderes, y en especial el nuestro, nos mantienen trabajando constantemente, cavando trincheras, mientras el soldado norteamericano tiene una mayor oportunidad para dormir y reparar el sueño. (P. 56)

El narrador se convierte en portavoz del grupo de soldados puertorriqueños ante el líder del pelotón y le escribe a éste una carta en la que denuncia cómo han sido víctimas de la incomprensión y del desprecio. Así afirma “[En la carta] hago hincapié sobre el hecho de que tenemos razón, como soldados de otra raza y otras costumbres, de otro clima y de otro temperamento, para sufrir muchísimas dificultades tratando de adaptarnos a este ambiente y en especial al carácter

de los norteamericanos.” (P. 56)

Devastados por el cansancio, las enfermedades, los prejuicios, el contacto con las horribles escenas de muerte en el frente, la única esperanza de los puertorriqueños parece ser el sentimiento de solidaridad, y, en el caso del narrador, la esperanza también se cifra en el amor por la belleza, manifiesta en la naturaleza, el arte y, de otra parte, en la confianza en Dios.

Ciertamente, la solidaridad vendría a ser uno de los pocos alicientes en el sórdido ambiente de la guerra. Dice el narrador el 11 de octubre: “Hoy pasaron tropas borinqueñas junto a nuestro campamento. Era de ver la alegría de nuestro grupo y el intercambio efusivo y caluroso de saludos.” (P. 51)

Decíamos al principio, que si algún soldado se debió impresionar con la realidad que tuvo delante en Corea, fue justamente el narrador, por ser poeta. El mismo se referirá al escenario de guerra como el lugar en el que “reina el espanto”. (P.52) En la guerra se corren dos riesgos principales: el de perder la vida u otro quizás peor; quedar vivo y perderse a sí mismo, pues el horror es tan grande que el hombre tiende a endurecerse, incluso a animalizarse. En un momento dado el narrador, muy consciente de este último riesgo, comenta: “Allá, en la ribera del río, hay un chino muerto. El frío de la estación ha retardado su descomposición. Desde mi posición, casi a diario, o cuando paso a algún trabajo, lo veo. Está renegrido el cadáver. A fuerza de verlo, ya no le prestamos atención. ¡Qué fácilmente el hombre se animaliza en las guerras!” (P. 68)

Y más adelante dirá:

Últimamente me resulta todo indiferente. No sé si, debido al trajín y a la molestia de vivir amontonados, las cosas las miro sin interés y me confundo estúpidamente en el parecer y modo de actuar de los demás. No pienso ni en mi hogar, ni en mi tierra, ni en nada. Voy al ritmo animal de todos los otros. Los sentimientos

como que se atrofian en mí. Hablo duramente, me rebajo conversando y no encuentro nada digno de admirarse, ni aun la naturaleza de esta tierra. Todo en este invierno es borroso y triste; la blancura de sus nieves me viene a apretar el alma y nada más. Un sentimiento de tristeza impera en mí. (P. 83)

Ante el desasosiego que experimenta al participar de ese hecho absurdo que es la guerra, el narrador se llega a preguntar: “¿Por qué le tocó a esta rara tierra, de valles apacibles y rincones encantadores, ser escenario de una guerra tan cruenta?” (P. 50)

En medio de este panorama desolador surgen dos nuevas fuentes de aliento: el recuerdo de la belleza, expresada a través de la música y la literatura, y la confianza plena en Dios. En una ocasión, el narrador escucha a un sargento coreano tocar en una armónica algunas melodías de su tierra y las asocia con una pieza musical de Borodin. Dice: “Me deleitaba escuchar un tema noble y hermoso que era como una suave variación del motivo central de las Danzas Polovtsianas de ‘El Príncipe Igor’ de Borodin.” (P. 50) Asimismo, extraña las lecturas de autores contemporáneos que está acostumbrado a hacer. Dice: “Sé más o menos, como está la situación mundial, y aunque muy escaso de informes sobre el mundo del Arte, me enteré que Hemingway publicó *The Old Man and the Sea*. ¡Cómo me gustaría estar en casa con ese libro en la mano.” (P. 51) Y es tal el amor que el narrador siente por el arte que cuando piensa en el regreso al hogar una de las cosas que más le anima es saber que va a recuperar no sólo la compañía de sus seres queridos sino también la posibilidad de escuchar sus piezas musicales preferidas, como la Sinfonía inconclusa de Gustav Mahler. Afirma el personaje: “He despertado pensando en mi hogar. Me imagino el hermoso regreso, tan lejano. Todos en mi casa con la felicidad y el alborozo. Se reanuda la placentera existencia. Volveré a oír los acordes de la ‘Inconclusa’.” (P. 53) Otro aliciente fundamental para el personaje es su profunda fe

en Dios. Podemos decir que el protagonista se abandona por completo a la voluntad de Dios, y algunos de estos fragmentos en que se nos refiere la relación del protagonista con Dios son oraciones bellísimas. Escuchemos algunas: “¡Gracias Señor, pues aún a pesar de tanta tortura, me has conservado sereno y firme! Mi cuerpo ha resistido; mi ánimo no se ha doblegado.” (P. 59) Y luego dirá:

Hoy elevo a ti, Señor, mi oración agradecida y ferviente por haberme librado, a mí y a mis compañeros del peligro que nos rodea; por haber mantenido nuestra salud, ánimo y fuerza de voluntad.

¡Oh, Dios mío, Dios de mis amigos y de mis enemigos, Señor de los campos, las flores y las hierbas, Señor omnipotente, a tu merced estamos!

Cúmplanse tus designios  
(P. 68)

La visión de mundo que expone el personaje narrador de este diario, como hemos tratado de mostrar, es la de un ser sensible e inocente, acostumbrado a amar y disfrutar el arte,

la paz y la belleza, que es arrancado de su entorno y trasplantado a un escenario caracterizado por el espanto y el sinsentido. En ese escenario sobrevive y escribe con determinación, aun en las circunstancias más apremiantes, una historia que es la suya personal, la de muchos jóvenes de su tiempo y la de muchas familias nuestras. Considero que todos los puertorriqueños tenemos una deuda de gratitud con aquel joven utuadeño que hace cincuenta y cinco años trajo en su mochila el testimonio estremecedor y valiente que ofrece este bello libro que hoy comentamos.

Resulta sorprendente que cincuenta y cinco años después de haber sido escrito este diario, tenga una pertinencia tan grande para el Puerto Rico del siglo XXI, pues aún hoy vivimos rodeados de guerras atroces en las que incluso algunos de nosotros debemos participar. Ello nos recuerda que el mal y el crimen siempre tienen sus adeptos. Ante esta realidad, todos bien deberíamos aprender la lúcida lección que ofrece este libro, y contra los promotores de la guerra y del odio, deberíamos juntos defender una cultura de paz, de consideración por el otro, de tolerancia y de amor a la belleza y a las artes. No tengo duda que un mundo construido sobre estos principios sería un mundo mucho mejor.



Guillermo Gutiérrez Morales (con guayabera) autor de *Recuerdo de los Bunkers, extractos de un Diario de Guerra* en compañía del también escritor utuadeño Dr. Rafael A. González Torres. La foto es de 1986. Foto y nota de Angel Maldonado Acevedo.